

**GEORGE S. CLASON**

*Los secretos del éxito  
desde la antigüedad*

**EL HOMBRE  
MÁS RICO  
DE  
BABILONIA**



*El libro más revelador  
sobre la riqueza jamás escrito*

**«¿Qué lecciones sobre finanzas podría dar a los inversores de hoy en día un libro escrito en los años veinte del siglo pasado? Mucho puede enseñarles este libro de George Clason, en el que a través de una serie de historias explica los fundamentos del capital. Además de ser un extraordinario regalo para los recién licenciados o para cualquiera que esté desorientado en el mundo de las finanzas, también es una maravillosa y refrescante lectura para los inversores experimentados».**

**—*Los Angeles Times***

---

Ante ti está tu futuro, como un camino que te lleva muy lejos. A lo largo del camino están las metas que quieres alcanzar, los deseos que quieres satisfacer.

Para lograr tus metas y tus deseos, deberás triunfar en el ámbito financiero. Para ello, puedes poner en práctica los principios financieros fundamentales que encontrarás en las páginas de este libro. Deja que estos principios te alejen de los inconvenientes que conlleva la pobreza y que te den esa vida plena y feliz a la que contribuye una bolsa bien provista.

Estos principios, igual que ocurre con la ley de la gravedad, son universales e inmutables. Son unos principios que te ayudarán —igual que han ayudado a muchos otros— a tener la bolsa llena, un saldo positivo en tu cuenta bancaria y un gratificante éxito económico.

El dinero marca nuestro éxito en la tierra.

El dinero nos permite disfrutar de lo mejor de nuestra existencia.

El dinero es abundante para quien conoce los medios para obtenerlo.

El dinero hoy se rige por las mismas leyes que se regía hace seis mil años, cuando hombres prósperos se paseaban por las calles de Babilonia.

**EL DINERO SERÁ ABUNDANTE  
PARA LOS QUE COMPRENDAN  
LAS SENCILLAS REGLAS DE SU ADQUISICIÓN**

1. Empieza a llenar tu bolsa.
2. Controla tus gastos.
3. Haz que tu oro fructifique.
4. Evita que tus tesoros se vayan perdiendo.
5. Haz que tu vivienda sea una inversión rentable.
6. Asegúrate unos ingresos para el futuro.
7. Aumenta tus habilidades para enriquecerte.

*—El hombre más rico de Babilonia*

**PARA SABER MÁS, ¡SIGUE LEYENDO!**

EL  
HOMBRE  
MÁS RICO  
DE BABILONIA

**George S. Clason**



REVERTE MANAGEMENT  
Barcelona, México

**El hombre más rico de Babilonia**

The Richest Man in Babylon

Copyright © George S. Clason, 1926

*All rights reserved.*

© **Editorial Reverté, S. A., 2022**

Loreto 13-15, Local B. 08029 Barcelona - España

revertemanagement@reverte.com

Edición en papel

ISBN: 978-84-17963-55-2

Edición ebook

ISBN: 978-84-291-9712-9 (ePub)

ISBN: 978-84-291-9713-6 (PDF)

Editores: Ariela Rodríguez / Ramón Reverté

Coordinación editorial y maquetación: Patricia Reverté

Traducción: Betty Trabal

Revisión de textos: Mariló Caballer Gil

Digitalización: Reverté-Aguilar

La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, queda rigurosamente prohibida, salvo excepción prevista en la ley. Asimismo queda prohibida la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, la comunicación pública y la transformación de cualquier parte de esta publicación sin la previa autorización de los titulares de la propiedad intelectual y de la Editorial.

# 83

## **CONTENIDOS**

Prefacio

El hombre que deseaba el oro

El hombre más rico de Babilonia

Siete maneras de llenar una bolsa vacía

Encuentra a la diosa de la fortuna

Las cinco leyes del oro

El prestamista de oro de Babilonia

Las murallas de Babilonia

El comerciante de camellos de Babilonia

Las tablillas de barro de Babilonia

El hombre más afortunado de Babilonia

Una reseña histórica de Babilonia

El autor

## PREFACIO

**N**uestra prosperidad como nación depende de la prosperidad financiera de cada uno de nosotros como individuos.

Este libro trata del éxito personal de cada uno de nosotros. El éxito son los logros que obtenemos a través de nuestros esfuerzos y habilidades. Una preparación adecuada es la clave del éxito. Nuestras acciones no pueden ser más sabias que nuestros pensamientos, y nuestro pensamiento no puede ser más sabio que nuestro entendimiento.

Este libro de soluciones para evitar quedarse con la bolsa vacía es considerado como una guía financiera. Sin duda, este es su objetivo: a los que buscan el éxito económico les ofrece una visión para ayudarles a conseguir dinero, a conservarlo y a hacerlo fructificar.

En las páginas siguientes te transportaré a Babilonia, la cuna en la que se gestaron los principios económicos básicos que siguen siendo reconocidos y se siguen aplicando hoy en día en el mundo entero.

El autor desea extender la sabiduría que contienen estas páginas a los nuevos lectores y que les sirva de inspiración—igual que lo ha sido para tantos otros— para engrosar sus cuentas bancarias, aumentar sus éxitos económicos y solucionar sus problemas financieros.

El autor quiere expresar su gratitud a los ejecutivos de las empresas que han compartido estos relatos tan generosamente con sus amigos, familiares, empleados y colaboradores. Ningún respaldo podría ser mayor que el de



las personas prácticas que han valorado estas enseñanzas porque ellas mismas han logrado importantes éxitos aplicando los mismos principios que propone este libro.

Babilonia se convirtió en la ciudad más rica del mundo en la antigüedad porque sus ciudadanos fueron los más ricos de aquel tiempo. Apreciaban el valor del dinero. Aplicaron los principios financieros fundamentales sobre cómo obtener, conservar y hacer fructificar el dinero. Consiguieron para sí mismos lo que todos deseamos: ingresos para el futuro.

G.S.C.

EL  
HOMBRE  
MÁS RICO  
DE **B**ABILONIA

## EL HOMBRE QUE DESEABA EL ORO

**B**ansir, un fabricante de carros de Babilonia, estaba muy desanimado. Sentado delante del muro de su casa, contemplaba con tristeza su humilde morada y su taller, donde había un carro a medio hacer.

De vez en cuando su mujer se asomaba por la puerta de la entrada, y le dirigía una mirada recordándole que apenas les quedaba comida y que debería estar trabajando en el carro: clavando, tallando, puliendo, pintando y colocando el cuero sobre las llantas para poder entregárselo al adinerado cliente.

Sin embargo, su grande y musculoso cuerpo permanecía inmóvil sentado delante del muro de la casa. Lentamente, su mente no paraba de dar vueltas a un problema para el que no encontraba solución. El sol caluroso y tropical, tan típico del valle del Éufrates, le golpeaba sin piedad. Desde la frente las gotas de sudor se deslizaban por su cara para perderse en su velludo pecho.

Al otro lado de su casa estaban las murallas que rodeaban las terrazas del palacio real. Cerca de allí, surcando el azul celeste, se perfilaba la torre del Templo de Bel. Entre tanta grandeza, se hallaba su modesta casa, y muchas otras menos cuidadas y aseadas que la suya. Babilonia era así: una mezcla de grandeza y miseria, de riqueza deslumbrante y terrible pobreza, todo ello apiñado sin seguir ningún plan ni sistema dentro de las murallas protectoras de la ciudad.

Si se hubiera tomado la molestia de darse la vuelta para mirar el panorama, detrás de él habría visto cómo comerciantes con sandalias y mendigos descalzos tenían que apartarse y quitarse de en medio cuando pasaban los ruidosos carros de los ricos. Incluso los ricos se veían obligados a desviarse hacia las cunetas para despejar el camino y dejar paso a las largas filas de esclavos aguadores al «servicio del rey», cada uno de los cuales trasportaba un pesado saco de piel de cabra lleno de agua para regar los jardines colgantes de la ciudad.

Bansir estaba demasiado enfrascado en su problema para oír o prestar atención a la algarabía de aquella ajetreada ciudad. Fue el inesperado y familiar sonido de las cuerdas de una lira lo que le sacó de su ensoñación. Se dio la vuelta y vio el amable y sonriente rostro de su mejor amigo, Kobbi, el músico.

—Que los dioses te bendigan con abundancia, mi buen amigo —le saludó Kobbi—. Aunque, por lo que veo, ya te han bendecido generosamente porque no necesitas trabajar. Me alegro de que tengas tanta suerte. Es más, me gustaría compartirla contigo. Te ruego que saques dos simples siclos de tu bolsa, que debe de estar llena y por eso no estás trabajando en el taller, y me los prestes hasta después de la fiesta de los nobles de esta noche. No los perderé, te los devolveré.

—Si tuviera dos monedas —respondió tristemente Bansir—, no se las podría prestar a nadie; ni a ti, mi mejor amigo, puesto que serían toda mi fortuna. Nadie presta toda su fortuna ni a su mejor amigo.

—¿Cómo? —exclamó Kobbi sorprendido—. ¿No tienes ni una moneda en tu bolsa y estás aquí sentado como una estatua delante del muro? ¿Por qué no vas a terminar el

carro? ¿Cómo vas a llenar tu estómago? No te reconozco, amigo. ¿Dónde está tu desbordante energía? ¿Qué es lo que te preocupa? ¿Te han traído problemas los dioses?

—Debe de ser un castigo de los dioses —asintió Bansir—. Todo empezó con un sueño, un sueño sin sentido, en el que creía ser un hombre afortunado. De mi cinturón colgaba una preciosa bolsa repleta de monedas; monedas que arrojaba con despreocupada generosidad a los mendigos; tenía monedas de plata con las que compraba joyas a mi mujer y satisfacía todos mis deseos; había también monedas de oro que me permitían ver un futuro tranquilo mientras me gastaba las de plata. ¡Me sentía muy satisfecho! No me habrías reconocido. Tampoco a mi mujer. Era una mujer sin arrugas y con un rostro pletórico de felicidad que sonreía como al principio de nuestro matrimonio.

—Realmente, un sueño agradable —comentó Kobbi—, pero ¿por qué unos sentimientos tan placenteros como este te han convertido en una sombría estatua sentada junto al muro?

—¿De verdad quieres saber por qué? Porque cuando me he despertado y me he acordado de lo vacía que está mi bolsa me ha invadido un sentimiento de rebeldía. Hablemos de ello, pues, como dicen los marineros, remamos los dos en la misma dirección. Cuando éramos jóvenes íbamos juntos a visitar a los sacerdotes para aprender de su sabiduría. Compartíamos las mismas aficiones. Siempre fuimos muy buenos amigos. Estábamos satisfechos de nuestra suerte. Éramos felices trabajando durante largas horas y gastando libremente nuestras ganancias. Hemos ganado mucho dinero en el pasado, pero solo en sueños podemos disfrutar de las alegrías que da la riqueza. ¡Bah!

¿Somos estúpidos? Vivimos en la ciudad más rica del mundo. Los viajeros dicen que no hay otra ciudad tan rica como Babilonia. Ante nosotros se extiende una gran riqueza, pero nada de ella nos pertenece. Después de haber estado media vida trabajando arduamente, tú, mi mejor amigo, tienes la bolsa vacía y me pides que te preste dos monedas hasta después del festín de la nobleza que se celebra esta noche. Y ¿qué te respondo yo? ¿Te digo que aquí tienes mi bolsa y que comparto contigo todo lo que tengo? No, admito que mi bolsa está tan vacía como la tuya. ¿Cuál es el problema? ¿Por qué solo podemos conseguir la plata y el oro imprescindibles para comer y vestirnos?

—Piensa también en nuestros hijos —continuó Bansir—. ¿No están siguiendo los pasos de sus padres? ¿Ellos y sus familias, y sus hijos y las suyas, también pasarán su vida entre tanta opulencia y, sin embargo, igual que nosotros, deberán contentarse con menús a base de leche de cabra agria y avena?

—Desde que te conozco, nunca me habías hablado así, Bansir —le dijo Kobbi desconcertado.

—Nunca antes había pensado así. Me he pasado días enteros, desde el alba hasta que la oscuridad de la noche me hace parar, construyendo los carros más preciosos que pueda elaborar un hombre, con la grata esperanza de que algún día los dioses reconocerán mis buenas obras y me darán gran prosperidad, pero jamás lo han hecho. Y, justo ahora, me he dado cuenta de que nunca lo harán. Por eso estoy triste. Me gustaría ser un hombre rico. Me gustaría poseer tierras y ganado, tener bellas ropas y monedas en mi bolsa. Estoy dispuesto a trabajar con todas mis fuerzas para conseguirlo, con toda la destreza de mis manos, con

toda la astucia de mi mente, pero deseo que mis esfuerzos sean debidamente recompensados. ¿Qué nos pasa? Te lo vuelvo a preguntar. ¿Por qué no podemos tener la parte que nos corresponde de todos esos placeres que tanto disfrutaban quienes tienen el oro para adquirirlos?

—¡Ojalá conociera la respuesta! —respondió Kobbi—. Yo tampoco estoy satisfecho. Las ganancias que obtengo tocando la lira se esfuman rápidamente. Siempre estoy planeando y organizándome para que mi familia no pase hambre. Además, en mi interior, me encantaría tener una lira suficientemente grande para componer toda la música que me viene a la mente. Con una buena lira podría tocar la música más refinada que jamás haya escuchado el rey.

—Deberías tener esa lira. Ningún hombre en toda Babilonia podría hacerla sonar tan dulcemente, podrías hacerla sonar tan dulcemente que, no solo el rey, sino los mismos dioses estarían encantados. Pero ¿cómo vas a conseguirla si los dos somos tan pobres como los esclavos del rey? ¡Escucha la campana! ¡Ya vienen! —dijo señalando una larga fila de portadores de agua agotados, medio desnudos y sudando, que venían del río por una calle estrecha. Marchaban en filas de cinco, cada uno de ellos encorvado con un pesado odre de agua a su espalda.

—El hombre que los guía tiene un cuerpo fuerte —indicó Kobbi señalando al que llevaba la campana y que marchaba al frente sin ninguna carga—. Un hombre destacado en su propio país, es fácil de ver.

—Hay otros hombres bellos en la fila —añadió Bansir—, tanto como nosotros. Hombres altos y rubios del norte, hombres del sur negros y risueños, y hombres pequeños y morenos de los países vecinos. Marchan juntos desde el río hasta los jardines y desde los jardines hasta el río, todos los

días del año. No anhelan la felicidad. Únicamente aspiran a tener un lecho de paja sobre el que dormir y sémola de avena para comer. ¡Me dan pena esos pobres animales, Kobbi!

—A mí también me dan pena. De todas formas, pienso que nosotros no somos mucho más afortunados que ellos, aunque seamos hombres libres.

—Así es, Kobbi, aunque sea un pensamiento desagradable. No queremos pasarnos el resto de nuestra vida viviendo como esclavos. Trabajar, trabajar, trabajar... sin llegar a ninguna parte.

—¿Por qué no averiguamos cómo los otros consiguen el oro y hacemos lo que hacen ellos? —preguntó Kobbi.

—Tal vez descubramos el secreto si contactamos con las personas que lo saben —respondió Bansir pensativo.

—Hoy mismo me he cruzado con nuestro viejo amigo Arkad, que se paseaba en su carro dorado —comentó Kobbi—. Pero he de decir que no me ha mirado por encima del hombro, como muchos de su clase se creen con derecho a hacer, sino que me ha hecho un gesto con la mano, para que todos los presentes vieran cómo saludaba y sonreía amistosamente a Kobbi, el músico.

—Se dice que es el hombre más rico de Babilonia —comentó Bansir.

—Sí, es tan rico que dicen que hasta el rey recurre a su oro para algunos asuntos del erario público —respondió Kobbi.

—Tan rico que —le interrumpió Bansir—, si me lo encontrara un día por la noche, intentaría vaciarle la bolsa.

—¡Qué absurdo! —exclamó Kobbi—. La riqueza de un hombre no está en la bolsa que lleva encima. Una bolsa llena se vacía rápidamente si no hay una fuente de oro para



ir rellenándola. Arkad tiene unos ingresos que mantienen su bolsa siempre llena, gaste lo que gaste.

—¡Los ingresos son lo importante! —afirmó Bansir—. Me gustaría tener una fuente de ingresos que fuera llenando mi bolsa aunque me quedara sentado en el muro o viajara a países lejanos. Arkad debe de saber cómo un hombre puede asegurarse una renta. ¿Crees que una mente tan torpe como la mía lo entenderá?

—Me parece que eso también se lo enseñó a su hijo Nomasir —respondió Kobbi—. Nomasir fue a Nínive y, según dicen en la posada, sin la ayuda de su padre se convirtió en uno de los hombres más ricos de la ciudad.

—Lo que acabas de decir me ha dado una idea, Kobbi —los ojos de Bansir brillaron de nuevo—. No nos cuesta nada pedir consejo a un buen amigo, y Arkad siempre lo ha sido. No importa que nuestras bolsas estén tan vacías como el nido de halcón del año anterior. Que eso no nos detenga. Estamos cansados de estar sin oro en medio de tanta abundancia. También queremos ser hombres ricos. Vayamos a preguntarle a Arkad cómo podemos conseguir ganancias por nosotros mismos.

—¡Estás muy lúcido hoy, Bansir! Has traído a mi mente una nueva visión. Has conseguido que me dé cuenta de por qué nunca hemos encontrado la riqueza. Y es que nunca la hemos buscado. Tú has trabajado laboriosamente para construir los carros más fuertes de Babilonia. En ello has concentrado toda tu energía, y lo has conseguido. Yo me he esforzado en convertirme en un buen músico, y lo he conseguido.

—En las cosas que nos hemos propuesto triunfar lo hemos conseguido. Los dioses estarán contentos con nosotros. Ahora, al fin, vemos una luz tan brillante como el amanecer